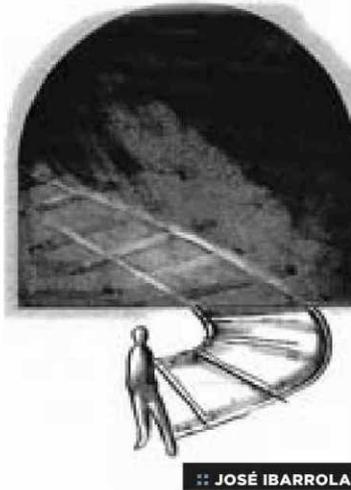


SANTIAGO AIZARNA

**L**a oratoria, que en un tiempo fue considerada como la hermana mayor de las Bellas Artes –díganlo los epónimos correspondientes desde Demóstenes a Cicerón, Castelar en el caso español etcétera– yace hoy, hundida al parecer se diría, en las honduras o bajezas más profundas, más aún que las hablas de las aulas tabernarias que, a tanto y más puede llegar la degradación cuando hasta personas elevadas a categorías ministeriales emplean léxicos bajunos que bien se hace ver la razón que le asistía a aquel doctor en minucias autollamado Azorín cuando se sacó de las mangas (pudiera parecer), un término como el de ‘chirrión’ para tratar casos y cosas de los debates políticos en el Congreso, es decir, una gran carreta que chirría en cada rueda, y no apostaba como ocurría en los transportes de los arreos matrimoniales en ciertas regiones montañosas de esta nuestra península.

Pero a un otro lugar de muy distinto cariz me lleva esta mi última lectura, ya que me traslada a un estadio de mi juventud y a una sensación de aventura en túnel, que es así como me ocurre ante y con el libro que tengo entre mis manos, que la ocasión me viene propiciada y debidamente empaquetada en su nuevo –supongo que también último– libro de Slavoj Žižek (Liubliana, 1949) que «estudió Filosofía en la Universidad de Liubliana y Psicoanálisis en la Universidad de París, y es filósofo, sociólogo, psicoanalista lacaniano, teórico cultural y activista político, director internacional del Instituto Birkbeck para las Humanidades de la Universidad de Londres, investigador en el Instituto de Sociología de la Universidad de Liubliana y profesor en la European Graduate School, uno de los ensayistas más prestigiosos y leídos de la actualidad, autor de más de cuarenta libros de filosofía, cine, psicoanálisis, materialismo dialéctico y crítica de la ideología», que es así como se nos proyecta su perfil en la contraportada de ‘El coraje de la desesperanza’, subtítulo



‘Crónicas del año en que actuamos peligrosamente’ (Editorial Anagrama, Barcelona, octubre 2018), en arrollador pensamiento crítico a dúo junto con una frase de Giorgio Agamben que dijo en una entrevista que «el pensamiento es el coraje de la desesperanza», a lo que se añade en la contraportada que «es una idea que resulta especialmente pertinente en nuestro momento histórico, cuando incluso los diagnósticos más pesimistas, suelen terminar, por regla general, con algún atisbo alentador de alguna versión de la proverbial luz ‘al final del túnel’.

¿Final de túnel o comienzo? O, por sustitución inmediata: ¿Comienzo o final de viaje? La evocación me traslada, transversalmente, a los años de la inmediata posguerra, allá por el comienzo de la década de los 40 cuando toda escasez tenía su asiento por estos lares. El niño que yo era –diez a doce años en pepitoria tan desordenada que convivía pueblo y ciudad, urbanismo y ruralismo– evoca la imagen tan personal de viajar en la barqueta del llamado ‘topo’ (el medio mejor de translación viajera por aquel entonces del uno al otro entorno) y la percepción de los verdes campos por las que se transitaba hasta que se llegaba a la sensación, digamos más inquieta que hostil, de un tan largo túnel

tan recto como en el que me situaba entre las estaciones de Loyola y Herrera y había un retemblar de viejos hierros y gotas de humedad y era habitual –años de carencias tan sublimes como inoportunas de la posguerra– quedarnos sin corriente eléctrica en su mitad aun por mucho rasar la escobilla la catenaria, ni esperanza alguna ni desesperanza, nulo coraje para nada, la paciencia como único beleño, defraudo personal absoluto ante la bestia negra que nos moltura en nuestros propios miedos y se nos adentra por los poros y nos deja imbeles ante nuestro propio espanto, que es, acaso, la hora en la que nos florece la planta del restoño, un como remanso pero de olas muy batidas para almas acongojadas, como cuando el crédulo se agarra a su fe y entona el voto de su adscripción ideológica que espera que le salve de la condenación, mientras que el incrédulo de tantas fanfarrias como le contaron desde su niñez y poco a poco se libró de esas telarañas y creyó verse victorioso y respiró por fin con ganas, se muerde el puño y barbota inconveniencias y es el momento de cuando uno y otro miran, con no se sabe qué espíritu estremecido, los dos ojos del túnel.

Es aquí cuando irrumpe esa frase que nos ha hecho evocar: la de Giorgio Agamben que es recogida por Slavoj Žižek, en la que se destila la gota de que «el pensamiento es el coraje de la desesperanza», que resulta especialmente pertinente en nuestro momento histórico, cuando incluso los diagnósticos más pesimistas suelen terminar, por regla general, con alguna mención de la proverbial luz al final del túnel que, para redondear el desencanto, mejor pactar con Žižek cuando afirma que «el auténtico coraje no consiste en imaginar una alternativa, sino en aceptar el hecho de que no existe ninguna alternativa clara» y que «en resumen, el auténtico coraje consiste en admitir que la luz que hay al final del túnel probablemente es el faro de otro tren que se acerca en dirección contraria».